

**FRANCIS
FUKUYAMA**

IDENTIDAD

**LA DEMANDA DE DIGNIDAD
Y LAS POLÍTICAS DE
RESENTIMIENTO**

Traducción de Antonio García Maldonado

DEUSTO

Identidad

La demanda de dignidad
y las políticas de resentimiento

FRANCIS FUKUYAMA

Traducido por Antonio García Maldonado



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Identity*

© Francis Fukuyama, 2018

© de la traducción: Antonio García Maldonado, 2019

© Editorial Planeta, S.A., 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3028-4

Depósito legal: B. 4.173-2019

Primera edición: marzo de 2019

Preimpresión: pleka scp

Impreso por Black Print

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91.702.19.70 / 93.272.04.47.

Sumario

Prefacio.....	11
1. La política de la dignidad.....	19
2. La tercera parte del alma.....	28
3. Dentro y fuera.....	40
4. De la dignidad a la democracia.....	52
5. Revoluciones de la dignidad.....	56
6. Individualismo expresivo.....	64
7. Nacionalismo y religión.....	73
8. La dirección incorrecta.....	88
9. El hombre invisible.....	95
10. La democratización de la dignidad.....	106
11. De la identidad a las identidades.....	120
12. Nosotros, el pueblo.....	139
13. Historias de ciudadanía.....	154
14. ¿Qué hacer?.....	177
Bibliografía.....	199

La política de la dignidad

En algún momento a mediados de la segunda década del siglo XXI, la política mundial cambió drásticamente.

El período desde principios de la década de 1970 hasta mediados de la década de 2000 fue testigo de lo que Samuel Huntington denominó la «tercera ola» de democratización, ya que el número de países que podían clasificarse como democracias electorales aumentó de aproximadamente treinta y cinco a más de ciento diez. En este período, la democracia liberal se convirtió en la forma de gobierno predeterminada para gran parte del mundo, al menos como aspiración, si no en la práctica.⁸

En paralelo a este cambio en las instituciones políticas, hubo un crecimiento correspondiente de la interdependencia económica entre los países, o lo que llamamos globalización. Esto último fue respaldado por instituciones económicas liberales como el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio y su sucesora, la Organización Mundial del Comercio. Éstos se complementaron con acuerdos comerciales regionales como la Unión Europea y el Tratado de Libre Comercio de América del

8. Huntington, Samuel, *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Barcelona, 2002.

Norte. A lo largo de este período, la tasa de crecimiento del comercio internacional y la inversión superó el crecimiento del PIB mundial y fue ampliamente considerada como el principal motor de la prosperidad. Entre 1970 y 2008, la producción mundial de bienes y servicios se cuadruplicó y el crecimiento se extendió a prácticamente todas las regiones del mundo, mientras que el número de personas que viven en la pobreza extrema en los países en desarrollo disminuyó del 42 por ciento de la población total en 1993 al 17 por ciento en 2011. El porcentaje de niños que morían antes de su quinto cumpleaños disminuyó del 22 por ciento en 1960 a menos del 5 por ciento en 2016.⁹

Sin embargo, este orden mundial liberal no benefició a todos. En muchos países de todo el mundo, y particularmente en las democracias desarrolladas, la desigualdad aumentó drásticamente, de modo que muchos de los beneficios del crecimiento beneficiaron sobre todo a una élite definida principalmente por la educación.¹⁰ Dado que el crecimiento estaba relacionado con el cada vez mayor volumen de bienes, dinero y personas que se mudaban de un lugar a otro, hubo una gran cantidad de cambios sociales perturbadores. En los países en desarrollo, los aldeanos que anteriormente no tenían acceso a la electricidad empezaron de repente a vivir en grandes ciudades, a ver la televisión o a conectarse a internet a través de teléfonos móviles ubicuos. Los mercados laborales se ajustaron a las nuevas condiciones al conducir a decenas de millones de personas a través de las fronteras internacionales en busca de mejores oportunidades para ellos y sus familias, o bien para escapar de condiciones intolerables en origen. Enormes y nuevas clases medias surgieron en países como China e India, pero el trabajo que hacían reemplazaba el trabajo que realizaban las más veteranas clases medias del mundo desarrollado. La manufactura se movió de manera constante

9. Radelet, Steven, *The Great Surge: The Ascent of the Developing World*, Simon and Schuster, Nueva York, 2015, p. 4.

10. Para una explicación completa del crecimiento de la desigualdad mundial, véase Milanovic, Branco, *Desigualdad mundial: un nuevo enfoque para la era de la globalización*. Fondo de Cultura Económica, México, 2018.

desde Europa y Estados Unidos a Asia oriental y otras regiones de bajos costes laborales. Al mismo tiempo, las mujeres desplazaban a los hombres en una nueva economía dominada por los servicios, y las máquinas inteligentes reemplazaban a los trabajadores poco cualificados.

A partir de mediados de la década de 2000, el impulso hacia un orden mundial cada vez más abierto y liberal comenzó a fallar, y luego se invirtió. Este cambio coincidió con dos crisis financieras, la primera originada en el mercado *subprime* de Estados Unidos en 2008, que condujo a la Gran Recesión subsiguiente, y la segunda surgió sobre la amenaza al euro y a la Unión Europea planteada por la insolvencia de Grecia. En ambos casos, las políticas de élite produjeron enormes recesiones, altos niveles de desempleo y la caída de los ingresos de millones de trabajadores comunes en todo el mundo. Dado que Estados Unidos y la UE eran los mayores exponentes de la democracia liberal, estas crisis dañaron su reputación.

El experto en democracia Larry Diamond caracterizó los años posteriores a la crisis como los de la «recesión democrática», en la cual el número total de democracias cayó de su punto máximo en prácticamente todas las regiones del mundo.¹¹ Varios países autoritarios, liderados por China y Rusia, se volvieron mucho más seguros de sí mismos y asertivos: China comenzó a promover su «modelo China» como un camino hacia el desarrollo y la riqueza que era claramente antidemocrático, mientras que Rusia criticaba la decadencia liberal de la Unión Europea y Estados Unidos. Varios países que parecían ser democracias liberales exitosas durante la década de 1990 retrocedieron hacia un gobierno más autoritario, entre ellos Hungría, Turquía, Tailandia y Polonia. La Primavera Árabe de 2011 acabó con dictaduras en todo Oriente Próximo, pero luego decepcionó profundamente las esperanzas de una mayor democracia en la región a medida que Libia, Yemen, Irak y Siria se sumían en guerras civiles. Las invasiones de Afganistán e Irak no acabaron con el aumento del terrorismo que produjeron los ataques del 11 de septiembre. Más

11. Diamond, «Facing Up to the Democratic Recession», pp. 141-155.

bien, se transmutó en el Estado Islámico, que surgió como un faro para los islamistas profundamente iliberales y violentos de todo el mundo. Lo que fue tan notable como la resistencia de ISIS fue que tantos jóvenes musulmanes abandonaran vidas más o menos seguras en otras partes de Oriente Próximo y Europa para viajar a Siria y luchar en su nombre.

Más sorprendentes y quizás incluso más importantes fueron las dos grandes sorpresas electorales de 2016, el voto del Reino Unido para abandonar la Unión Europea y la elección de Donald J. Trump como presidente de Estados Unidos. En ambos casos, los votantes estaban preocupados por los problemas económicos, particularmente los de la clase trabajadora que había estado expuesta a la pérdida de empleos y la desindustrialización. Pero igual de importante fue la oposición a la continua inmigración a gran escala, que se consideró que quitaba puestos de trabajo a los trabajadores nativos y erosionaba las identidades culturales establecidas desde hacía mucho tiempo. Los partidos antiinmigración y eurófobos ganaron fuerza en muchos otros países desarrollados, especialmente el Frente Nacional en Francia, el Partido por la Libertad en los Países Bajos, Alternativa para Alemania y el Partido por la Libertad en Austria. En todo el continente había miedo por el terrorismo islamista y controversias sobre las prohibiciones de las expresiones de la identidad musulmana, como el burka, el niqab y el burkini.

La política del siglo XX se organizaba a lo largo de un espectro de izquierda a derecha definido por los problemas económicos: la izquierda quería más igualdad y la derecha exigía mayor libertad. La política progresista se centraba en los trabajadores, sus sindicatos y los partidos socialdemócratas que buscaban más protección social y más redistribución económica. En cambio, la derecha estaba sobre todo interesada en reducir el tamaño del gobierno y promover el sector privado. En la segunda década del siglo XXI, ese espectro parece estar cediendo en muchas regiones a una definida por la identidad. La izquierda se ha concentrado menos en una amplia igualdad económica y más en promover los intereses de una amplia variedad de grupos percibidos como marginados: negros, inmigrantes, mujeres, hispanos, la comu-

nidad LGBT, refugiados y otros. Mientras tanto, la derecha se redefine como patriotas que buscan proteger la identidad nacional tradicional, una identidad que a menudo está explícitamente relacionada con la raza, el origen étnico o la religión.

Es una larga tradición que se remonta, al menos, a lo que Karl Marx considera las luchas políticas como un reflejo de los conflictos económicos, esencialmente como luchas por los trozos del pastel. Esto es parte de la historia de la década de 2010, con una globalización que genera poblaciones significativas de personas que se quedan atrás por el crecimiento general que se produce en todo el mundo. Entre 2000 y 2016, la mitad de los estadounidenses no tuvieron ganancias en sus ingresos reales; la proporción de la producción nacional que se ubicaba en el 1 por ciento más alto pasó del 9 por ciento del PIB en 1974 al 24 por ciento en 2008.¹²

Pero aunque es muy importante el interés personal material para el ser humano, también nos motivan por otras cosas, que explican mejor los sucesos dispares del presente. Podríamos llamarla la política del resentimiento. En una amplia variedad de casos, un líder político ha movilizó a sus seguidores en torno a la percepción de que la dignidad del grupo había sido ofendida, desprestigiada o ignorada. Este resentimiento engendra demandas de reconocimiento público de la dignidad del grupo en cuestión. Un grupo humillado que busca la restitución de su dignidad tiene mucho más peso emocional que las personas que sólo buscan una ventaja económica.

Por eso el presidente ruso, Vladimir Putin, hablaba de la tragedia que supuso el colapso de la antigua Unión Soviética, y sobre cómo Europa y Estados Unidos se aprovecharon de la debilidad de Rusia durante la década de 1990 para llevar la OTAN hasta sus fronteras. Desprecia la actitud de superioridad moral de los políticos occidentales y no quiere que Rusia sea tratada,

12. Alichí, Ali, Kory Kantenga y Juan Solé, «Income Polarization in the United States», Documento de trabajo del FMI WP/16/121 (Washington, DC, 2017); Piketty, Thomas y Emmanuel Saez, «Income Inequality in the United States, 1913-1998», *Quarterly Journal of Economics* 118 (1) (2003), pp. 1-39.

como dijo el presidente Obama, como un actor regional débil, sino como una gran potencia. Viktor Orbán, el primer ministro húngaro, declaró en 2017 que su regreso al poder en 2010 marcó el punto en el que «nosotros, los húngaros, también decidimos que queríamos recuperar nuestro país, queríamos recuperar nuestra autoestima y queríamos recuperar nuestro futuro».¹³ El gobierno chino de Xi Jinping ha hablado extensamente sobre los «cien años de humillación» de China y sobre cómo Estados Unidos, Japón y otros países intentaban impedir su regreso al gran poder que había disfrutado en los últimos milenios de la historia. Cuando Osama bin Laden, fundador de Al Qaeda, tenía catorce años, su madre lo veía obsesionado con Palestina: «Las lágrimas corrían por su rostro cuando veía la televisión desde su casa en Arabia Saudí».¹⁴ De su ira por la humillación de los musulmanes se harían eco sus jóvenes correligionarios, que se ofrecerían como voluntarios para luchar en Siria en nombre de una fe que creían que había sido atacada y oprimida en todo el mundo. Esperaban recrear las glorias de una civilización islámica anterior en el Estado Islámico.

El resentimiento por las humillaciones también ha sido una fuerza poderosa en los países democráticos. El movimiento Black Lives Matter surgió de una serie de homicidios policiales de afroamericanos en Ferguson (Misuri), Baltimore, Nueva York y otras ciudades que tuvieron mucha repercusión, y buscaba que el mundo exterior prestara atención a la experiencia de las víctimas de la violencia policial aparentemente gratuita. En los campus universitarios y en las oficinas de todo el país, las agresiones sexuales y el acoso se consideraban pruebas de que los hombres no tomaban a las mujeres en serio como iguales. Se prestó atención repentina a las personas transexuales, a las que

13. Orbán, Viktor, «Will Europe Belong to Europeans?», discurso pronunciado en Baile Tusnad (Rumanía) el 22 de julio de 2017, <<https://visegradpost.com/en/2017/07/24/full-speech-of-v-orban-will-europe-belong-to-europeans/>>.

14. Callimachi, Rukmini, «Terrorist Groups Vow Bloodshed over Jerusalem. ISIS? Less So», *The New York Times*, 8 de diciembre de 2017.

antes no se reconocía como blanco de discriminaciones. Y muchos de los que votaron a Donald Trump recordaban un pasado mejor, cuando su lugar en sus propias sociedades era más seguro y, a través de sus actos, creían contribuir a «hacer que Estados Unidos volviera a ser grande». Aunque distantes en tiempo y lugar, los sentimientos entre los partidarios de Putin respecto a la arrogancia y el desprecio de las élites occidentales eran similares a los experimentados por los votantes rurales en Estados Unidos, quienes sentían que las élites urbanas de ambas costas y sus aliados mediáticos también los ignoraban a ellos y a sus problemas.

Los practicantes de la política del resentimiento se reconocen mutuamente. La simpatía que Vladímir Putin y Donald Trump se tienen no es sólo personal, sino que está arraigada en su común nacionalismo. Viktor Orbán lo explicó: «Algunas teorías describen los cambios que se están produciendo en el mundo occidental y el surgimiento en el escenario de un presidente de Estados Unidos como una lucha en la arena política mundial entre la élite transnacional, denominada “global”, y una élite nacional patriótica», de la que él fue un ejemplo temprano.¹⁵

En todos los casos, un grupo, ya sea una gran potencia como Rusia o China o los votantes de Estados Unidos o Reino Unido, cree que tiene una identidad que no recibe el reconocimiento adecuado por parte del mundo exterior, en el caso de un país, o por parte de otros miembros de la misma sociedad. Esas identidades pueden ser y son increíblemente variadas, según la nación, la religión, el origen étnico, la orientación sexual o el género. Todas son manifestaciones de un fenómeno común, el de la política de la identidad.

Los términos *identidad* y *política de la identidad* tienen un origen bastante reciente. El primero fue popularizado por el psicólogo Erik Erikson durante la década de 1950, y el último salió a la luz durante la política cultural de los años ochenta y noventa. La identidad tiene un gran número de significados. En algunos casos se refiere simplemente a categorías sociales o roles, en otros, a información básica sobre uno mismo (como «me ro-

15. Orbán, «Will Europe belong?».

baron la identidad»). Utilizadas de esta manera, las identidades siempre han existido.¹⁶

En este libro, usaré *identidad* en un sentido específico que nos ayude a entender por qué es tan importante en la política contemporánea. La identidad crece, en primer lugar, a partir de una distinción entre el verdadero yo interno y el mundo exterior de reglas y normas sociales que no reconoce adecuadamente el valor o la dignidad de ese yo interno. Los individuos, a lo largo de la historia humana, se han encontrado en desacuerdo con sus sociedades. Pero sólo en los tiempos modernos se ha sostenido la opinión de que el auténtico yo interno es intrínsecamente valioso, y la sociedad exterior es sistemáticamente errónea e injusta en su valoración del primero. No es el ser interior el que debe ajustarse a las reglas de la sociedad, sino que es la sociedad la que tiene que cambiar.

El yo interno es la base de la dignidad humana, pero la naturaleza de esa dignidad es variable y ha cambiado con el tiempo. En muchas culturas tempranas, la dignidad se atribuye sólo a unas pocas personas, a menudo guerreros que están dispuestos a arriesgar la vida en la batalla. En otras sociedades, la dignidad es un atributo de todos los seres humanos, basado en su valor intrínseco como personas con agencia. Y en otros casos, la dignidad se debe a la pertenencia a un grupo más grande de memoria y experiencia compartidas.

Finalmente, el sentido interior de la dignidad busca el reconocimiento. No es suficiente que tenga un sentido de mi propio valor si otras personas no lo reconocen públicamente o, peor aún, si me denigran o no reconocen mi existencia. La autoestima surge de la estima de los demás. Debido a que los seres humanos naturalmente anhelan el reconocimiento, el sentido moderno de identidad evoluciona rápidamente hacia políticas de identidad, en las que los individuos exigen el reconocimiento público de su valía. De este modo, la política de la identidad abarca una gran parte de las luchas políticas del mundo contemporáneo, desde

16. Fearon, James D., «What is Identity (As We Now Use the Word)?», artículo inédito, 3 de noviembre de 1999.

las revoluciones democráticas hasta los nuevos movimientos sociales, y desde el nacionalismo y el islamismo hasta la política en los campus universitarios estadounidenses contemporáneos. De hecho, el filósofo Hegel argumentó que la lucha por el reconocimiento fue el principal impulsor de la historia humana, una fuerza que fue clave para comprender la emergencia del mundo moderno.

Si bien las desigualdades económicas que surgen de los últimos cincuenta años de globalización son un factor importante que explica la política contemporánea, los agravios económicos se agudizan cuando se unen a sentimientos de humillación y falta de respeto. De hecho, gran parte de lo que entendemos como motivación económica en realidad no refleja un deseo directo de riqueza y recursos, sino el hecho de que el dinero se percibe como un indicador de estatus y compra respeto. La teoría económica moderna se basa en el supuesto de que los seres humanos son individuos racionales que quieren maximizar su «utilidad», es decir, su bienestar material, y que la política es apenas una extensión de ese comportamiento maximizador. Sin embargo, si queremos interpretar correctamente el comportamiento de los seres humanos reales en el mundo contemporáneo, tenemos que ampliar nuestra comprensión de la motivación humana más allá de este sencillo modelo económico que domina gran parte de nuestro discurso. Nadie cuestiona que los seres humanos son capaces de comportarse racionalmente, o que son individuos con intereses propios que buscan una mayor riqueza y recursos. Pero la psicología humana es mucho más compleja de lo que sugiere este modelo económico más bien simplista. Antes de que podamos entender la política de identidad contemporánea, debemos dar un paso atrás y desarrollar una comprensión más profunda y más rica de la motivación y el comportamiento humanos. Necesitamos, en otras palabras, una teoría del alma humana mejor.